—¿Estais enfermo? añadió la jóven, con mas inquietud.

—Sí, María, dijo D. Juan de Austria dejándose caer sobre un sitial.

Temblaban los labios del príncipe al dar estas breves respuestas y sus ojos querian cerrarse. María lo contempló algunos segundos, se apoderó despues de su mano, contó los latidos de su pecho y esclamó lanzando un grito lastimoso:

—¡La fiebre!

María se cubrió el rostro con las manos, repitiendo con amargura:

—¡La fiebre! ¡La fiebre! ¡La fiebre!

CAPÍTULO XI.

EL PRÍNCIPE DE PARMA.

Desde la toma de Nivela á la de Philipeville tuvo lugar un acontecimiento, que pudo ser considerado como la descubierta de un nuevo enemigo que iba á presentarse en el palenque. En el sitio de aquella primera ciudad, pidieron los regimientos franceses entrarla á saco; el príncipe se negó abiertamente; pero queriendo recompensarlos, les dió la propiedad de las armas que habia depuesto la guarnicion. Reunidas estaban aquellas en las casas consistoriales; los franceses entraron en tropel, y, disputándose el botin, trabaron tan cruda refriega, que mas de doscientos cadáveres atestiguaron la ferocidad de unos soldados codiciosos hasta un estremo que los hacia singularmente despreciables.

Poco satisfechos los franceses de no haber saqueado la ciudad, ó quizás llamados por Francisco, duque de Alenzon, que venia hácia Flandes, pidieron á D. Juan de Austria, que los despidiera del servicio. No creyó el príncipe conveniente mantener á sueldo del rey unos enemigos encubiertos, y los despidió como pedian. Mas, apenas salidos de Flandes, retrocedieron de improviso, y cayeron sobre el Haenault, como una bandada de cuervos sobre un campo sembrado de cadáveres, ó como una cuadrilla de salteadores sobre el indefenso viajero.

A contener tales demasías, partió el bravo Camilo del Monte, con algunas bandas de caballos; y tan buena maña se dió, que acuchilló á los invasores matándoles la mayor parte de su tropa, y obligando á los escasos restos á refugiarse en un castillo; el que no espugnó, por carecer de artillería y porque recibieron los sitiados un considerable refuerzo, superior en mucho á la hueste del intrépido Camilo del Monte.

Las fatigas que habia sufrido D. Juan de Austria en el sitio de Philipeville, agravaron su enfermedad; desarrollando aquella fiebre, que, segun los médicos, debia curarse con algunos dias de reposo, y segun María, mejor informada que los médicos, conducirlo mas ó menos pronto á la tumba en la flor de la juventud y en el apogeo de su gloria.

Instado el príncipe de sus amigos y principales cabos de la hueste, y hasta agriamente reprendido por su confesor, decidió retirarse á Namur, confiando el mando del ejército al invicto príncipe de Parma, y encargándole particularmente que pusiera sitio á Limburgo y que la espugnara sin descanso.

Gustosísimo aceptó Alejandro el supremo mando de la hueste, tanto para venir á las manos con Juan Casimiro, hermano del elector Palatino y general de sus ejércitos, como para borrar la falsa opinion, generalmente acreditada, de que el ejército del rey solo acometia fáciles empresas, temiendo venir á las manos con el de los Estados generales, y no osando acometer plazas bien artilladas y que pudieran ser medianamente defendidas. El austriaco partió á Namur, y Farnesio movió con su hueste, radiante de orgullo por mandar en jefe ejército tan numeroso.

Envió delante el príncipe de Parma á Gabriel Niño, alentado maestre de campo de los españoles, con siete banderas de arcabuceros animosos y veteranos: seguia despues Camilo del Monte con parte de la caballería, para que hiciera espalda á Niño cuando acometiera los arrabales de Limburgo. El 7 de Junio á media noche movió Alejandro con la restante infantería española y walona, quedándose el tercio de Fiomberg para convoyar diez gruesos cañones de batir.

Bien guarnicionada se encontraba la importante plaza de Limburgo, y viendo acercarse á Gabriel Niño, quiso defender sus arrabales, enviando contra los españoles crecida tropa de franceses, de escoceses y de alemanes. Niño acometió bizarramente á sus contrarios, y encerrándoles en el murado recinto de la plaza, se apoderó de sus arrabales con muchos víveres y ganados, presa importante para un ejército sitiador.

La desigualdad del terreno hacia dificil plantear el sitio; pero un hombre como Alejandro no encuentra jamás imposibles, y vence las dificultades que se agrupan en su alrededor, por mas enormes que parezcan.

Llegado el príncipe de Parma echó una mirada codiciosa á la ciudad, que como los antiguos castillos feudales dominaba todo el territorio. Ecsaminó Alejandro el terreno, é inmediatamente mandó abrir trincheras y formar terraplenes para colocar la artillería. Concluidos éstos escribió el príncipe una cortés carta á los sitiados, representándoles los derechos que á Felipe II asistian, las incomodidades de un sitio, y al mismo tiempo intimándoles la rendicion, y dándoles un corto plazo.

Recibieron la carta los sitiados; y, con intento de dilatar los rigores del enemigo, contestaron al mensajero que podia volver al dia siguiente, en el que de seguro tendria la mas terminante respuesta. Hízolo como lo ordenaron y obtuvo nuevo aplazamiento. Irritado el príncipe de Parma con tan cautelosa conducta, hizo subir á una colina las mayores piezas de batir, y mandó que jugaran al momento con grave perjuicio de los muros.

Los defensores de Limburgo no esperaban tan pronto estrago, y sobrecojidos de terror pidieron

treguas al momento: el príncipe se las negó, y de nuevo parlamentando, redujeron su peticion al breve plazo de una hora. No era el ánimo de Alejandro convertir en ruinas la ciudad y era moderada la ecsigencia: condescendió pues á la demanda, mandando callar la batería que tan graves daños causaba á los infelices sitiados.

En el momento de cesar respiraron los limburgueses, y procurando mover á clemencia á los irritados sitiadores, hicieron marchar sobre las ruinas del roto muro á crecida tropa de mujeres, con sus hijuelos en los brazos. Estas madres desconsoladas presentaban á los sitiadores las tiernas prendas de su amor, levantaban las manos hácia los soldados, que con juramentos y amenazas las aumentaban el terror, y solicitaban de rodillas conmiseracion, perdon y paz á nombre de los objetos mas sagrados.

Antes de cumplirse la hora, se presentaron á Farnesio los diputados de Limburgo, aunque se oponia á la rendicion el gobernador del castillo; y salvas las vidas y haciendas de los ciudadanos, la ciudad, batida sobre un escarpado peñasco, cuyas torres y baluartes de piedra viva, con solo dos puertas, auguraban una obstinada resistencia, y el castillo, de mármol y jaspe, se pusieron á merced del jóven vencedor, que así acreditaba sus dotes de sabio y valiente general.

A 16 de Junio hizo Alejandro su entrada triunfal en Limburgo, entre los aplausos de sus habitantes, que olvidando el terror pasado, se entregaban á una bulliciosa alegría. La guarnicion de la ciudad, compuesta de mas de mil hombres, tomó parte en la hueste del rey; y solamente el gobernador y su esposa, mujer de ánimo varonil, demostraron la cobardía de los ciudadanos de Limburgo, y sin aceptar ningun partido, fueron conducidos á Aquisgran por una tropa de españoles.

No fué Limburgo para Farnesio lo que para el cartaginés Cápua; el mismo dia que se posesionó de la ciudad destinó á varios jefes de su confianza para que fueran conquistando lo restante de la provincia. Todos los pueblos se entregaban sin hacer la menor resistencia, quedando esta temeridad ó gloria para el pueblecillo de Dalem. A él llegó Camilo del Monte, con carta del príncipe de Parma, exhortando á que volvieran, como debian, al servicio del rey. Los soldados de Holanda y Geuldres, que su castillo guarnecian, respondieron á Camilo del Monte con el estampido del cañon. Súpolo Farnesio, y admirado de la avilantez del lugarejo, llamó á Enrique Vienni y le dijo: *Id á Dalem, y haced que la artillería meta esta mi carta en el lugar.*

Partió Enrique con sus cañones, su coronelía de borgoñones y cuatro banderas de alemanes; y llegado, asestó la artillería contra el fuerte, que tan pertinaz como sus defensores, despedia las balas sin que hicieran mella en su muro. Irritados los borgoñones, tomaron entonces por su cuenta el asalto, y arrimando al muro las escalas, dieron principio á una refriega que, aunque sangrienta y porfiada, acabó por poner en sus manos el pueblecito y el castillo. Los soldados de Gueldres y Holanda perecieron miserablente, muriendo tambien muchos vecinos; pues precipitándose los soldados, como desbordado torrente, no perdonaban edad ni secso: saciando en todos su furor, y satisfaciendo en mas de un caso la hidrópica sed de su codicia.

El triunfo de las armas reales quedó manchado con un suceso, que, aunque frecuente, siempre infama á quien lo comete ó tolera. Una jóven de diez y seis años, hija del gobernador de la plaza, que habia perecido en el combate, se retiró al templo, como todas las demás mujeres. Su hermosura llamó la atencion de un borgoñon y un aleman, y ambos se precipitaron sobre ella, atormentándola al disputársela. Irritados los dos campeones estremaban mas su furor, y fuera de intento, ó por acaso, recibió la hermosa doncella una grave herida en el cuello. El otro que la codiciaba iba á vengar furioso el agravio, cuando acudiendo muchos en tropel y al querer huir la infeliz niña, porque ninguno lograse la presa que se le escapaba de las manos, descargó el homicida acero sobre la cabeza de la jóven, y aun hubiera repetido el golpe, á no impedirlo Pablo Rinalde, amigo del príncipe de Parma, que con la voz y acero á un tiempo, ahuyentó á los bárbaros; salvando á la inocente víctima que murió pocas horas despues en los brazos de su familia.

Feliz en estremo Alejandro, restituyó al rey en veinte dias toda la provincia de Limburgo. Territorio que ocuparon primero los suncios y los eburones; que estuvo regido largo tiempo por señores particulares; que el emperador Wenceslao erijió en ducado, y que habiendo muerto Enrique, último duque de Limburgo, Adolfo, conde de Berg, su heredero, vendió en 1280 á Juan I, duque de Brabante. Reinaldo II, duque de Gueldres, protestó contra esta venta, como hecha en su perjuicio; pero la confirmó diez años despues. Este país es conocido generalmente con el nombre de *País al otro lado del Mossa*, y sus diputados tomaron asiento en las asambleas de los Estados del Brabante. Solo tiene un sello y un canciller para sus dos provincias, y los privilegios se les han acordado en comun, como se muestra por los rescriptos del emperador Cárlos IV, en 1349; de Segismundo, en 1430; de Maximiliano I, en 1512; y de Cárlos V, en 1530. Felipe II, recibiendo el juramento de fidelidad de los diputados de las provincias de los Países-Bajos, despues de la abdicacion de su padre, recibió uno por lo perteneciente al territorio del Brabante, y el otro por el *País al otro lado del Mossa.*

Mientras recibia el príncipe de Parma las cumplidas felicitaciones del obispo de Lieja y duque de Julier, se inclinaban en la ciudad de Amberes el archiduque y los Estados á muy diferentes partidos, siguiendo el compás de bien encontrados sentimientos. Entristecidos y aterrados con la pérdida de Limburgo, se reanimaron de improviso, merced á un estraño rumor, al que dió motivo la publicacion de un libelo. Decia éste, que la pólvora depositada en el castillo de Limburgo, se habia incendiado, volando el castillo, y sepultando bajo sus rui-

nas al príncipe de Parma, Mondragon, Hierg y demas cabos españoles: que D. Juan de Austria, aterrado con tan gran pérdida, estaba prócsimo á perder el juicio, y que estaba reuniendo sus gentes para abandonar la comarca, sin atreverse á esperar refuerzos ni á aventurar nuevas empresas.

Estas noticias, forjadas todas por Guillermo, príncipe de Orange, se fundaban en haberse volado efectivamente un baluarte, cuyo accidente pudo costar la vida á Mondragon, pero que hasta entonces no habia producido graves daños, y se repararian fácilmente cuantos pudiera producir, contando particularmente con la pericia y la constancia de tan esforzado campeon.

Otros diferentes sucesos tenian lugar, y para marchar en seguida con entero desembarazo, los compendiarémos aquí en corto número de líneas; todas ellas autorizadas con el testimonio de contemporáneos historiadores.

Murió en estos dias, y en Namur, el anciano Cárlos, conde de Barlemont, uno de los flamencos mas ilustres y fieles súbditos del rey, que con sus hijos Lanceloto, conde de Mega, Cárlos, conde de Barlemont, no solo defendió valerosa y constantemente el partido de la religion y la autoridad de su rey en guerra y paz, si tambien educó á sus hijos en los mismos nobles sentimientos; teniendo la gloria de ver al señor Hierg, general de la artillería y coronel de walones, al conde de Mega, maestre de campo de los regimientos alemanes, y Floyou, teniente de la coronelía de Hierg; á Altapens, capitan de caballos, y el primero le sucedió en los gobiernos de Namur y de la tesorería real, por propio mérito y por respeto al noble padre.

Los repetidos triunfos del austriaco aterraron al archiduque, y los Estados echaban la culpa á Guillermo; pero este se cuidaba poco de murmuraciones y hablillas, pues pensaba fundar su imperio en las costas de Holanda, para dilatarlo despues por las provincias del Brabante. Retardaba el curso de su reconcentrada ambicion Amsterdan, ciudad opulenta y adicta á su religion y á su rey.

En 1204 era Amsterdan un pequeño castillo, llamado Amstel, que daba nombre á sus señores. Florentino IV, conde de Holanda, le concedió en 1235 varios privilegios, aumentándoselos Guillermo IV en 1342, cuando ya era una ciudad perteneciente al condado de Holanda, no habiéndosela cercado de muro hasta 1482. Amsterdan está edificada en un terreno bajo, que haria terribles las inundaciones, si no estuvieran prevenidas con los diques y las esclusas. El pobre rio Amstel, que divide en dos la ciudad, forma el gran canal de Ammerark. Este canal tiene dos puentes, siendo el mas notable el *puente nuevo* por estar en él las esclusas. Tambien tiene el canal del Emperador, el de los Señores y el del Cingual, todos ellos anchos y profundos, con diques de piedra ó ladrillo y sombreados de tilos y olmos. Las calles de Amsterdan son hermosas, anchas y alineadas. Sus almacenes están provistos de las telas de mas valor; sus plazas y edificios públicos magníficos, y entre estos últimos se nota la casa del ayuntamiento, cuyo pórtico llama la atencion por su bellísima arquitectura. Tiene siete puertas, que apenas permiten la entrada á tres personas á la vez; el frontispicio está embellecido con tres estatuas que representan la justicia, la fortaleza y la templanza: y en un bajorelieve de mármol se vé una matrona, que sostiene las armas de la ciudad, compuestas de una corona imperial y tres cruces, casi como las de San Andrés. Acompañan á esta matrona un Neptuno, leones, unicornios y algunas figuras de héroes, que la sirven de acompañamiento y ornato.

En la sala de las sesiones se encuentran tres grandes esferas de mármol negro, blanco y jaspe, representando las Indias orientales y occidentales, el nuevo mundo, el universo, segun las cartas. Estas esferas están ceñidas de fajas de cobre, que representan todos los signos del zodiaco, y son de un mérito reconocido y singular.

La iglesia de San Nicolás, llamada *la vieja*, es la mas hermosa de la ciudad, y la llamada *nueva* está dedicada á Santa Catalina, y es notable por su coro, artísticamente construido, en el que se ven los cuatro santos evangelistas, y que ha costado mas de setenta mil duros. En los pintados vidrios de esta iglesia se vé al emperador Macsimiliano, que presenta su corona imperial á los regidores de Amsterdan, dispensándoles tan alto y singular honor.

En los muros de esta ciudad, rica y populosa á la vez, se habian estrellado los ejércitos de Guillermo, príncipe de Orange, como las olas de la mar en las rocas de la ribera. Desesperando de la fuerza, recurrió Guillermo á la astucia, y haciéndoles pomposas promesas, se posesionó de la ciudad, para no cumplir despues los pactos, como lo tenia de costumbre.

Por este tiempo llegó Selli de la corte de España, y despues de haber entregado á D. Juan las cartas de Felipe II, se dirijió á Amberes y manifestó á los Estados generales las proposiciones de arreglo que de parte del rey traia. Decia el monarca, que estaba pronto á sacar de Flandes á D. Juan de Austria, dejando de gobernador al príncipe de Parma ó al archiduque Fernando, tio del César; y aun le confirmaria en el gobierno á Matías, siempre que admitieran los Estados algunas otras condiciones. Consultado el caso con Orange, se opuso á la paz, pero aconsejó que pidieran treguas. Selli se avistó con el príncipe de Parma, para empeñarlo á que las aceptase; mas Farnesio las desechó, no siendo mas felices con D. Juan los embajadores del emperador y de la reina de Inglaterra.

Dejó Farnesio el mando de la provincia de Limburgo á Mondragon: y guarneciendo todas las plazas, marchó á reunirse con su tio.

CAPITULO XII.

LA SANGRÍA.

Se retiró el príncipe á Namur acompañado de sus médicos, su confesor, el paje Gonzalo, su secretario Andrés de Prada, varios nobles, y precedido de maesse Cornelio Estraten. Se alojó en *el palacio de las Flores*, y procedió á intentar su cura, dando á sus miembros fatigados el reposo que necesitaban realmente. La fiebre se habia disminuido desde su llegada á Namur, y los médicos, para estirparla, recetaron una sangría, cuya opinion participaron al enfermo, que la recibió indiferente; tan seguro estaba de lo incurable de su mal.

Pocos momentos despues entró María en la cámara de D. Juan, cámara llena de recuerdos; pues bajo su dorado arteson se habia descubierto la *dama negra* en una noche, cuya memoria mortificaba á los dos amantes, y hubieran querido borrar á costa de la vida los dos: entró la jóven en la cámara y se quedó inmóvil.

—Acércate, hermosa María, dijo el príncipe viéndola entrar bajo su disfraz de pajecillo. ¡Qué hermosa estás! ¡cuánto te amo!

—Yo daria mi vida por tí, repuso la jóven dulcemente.

—¡Qué frente tan tersa, María! ¡Qué boca tan breve! ¡Qué ojos tan llenos de amor! ¡María, María, te amo, te amo como el querubin á su Dios! He dicho poco, te amo mas que aman los ángeles y los querubines.

María sonriyó dulcemente, guardando su anterior inmovilidad.

—Cómo pasan, prosiguió el príncipe, los radiantes sueños de gloria, y cómo quedan para siempre las dulces memorias de amor. ¿En dónde están Granada, Lepanto, Africa, Gemblours, Philipeville? Se han borrado de mi memoria. ¿En dónde están la casa de maesse Estraten, *la gruta de la Magdalena*, Kouvemberg, Namur, los campamentos, todos los parajes en que he contemplado á María; aquí están en mi corazon.

El príncipe se puso la diestra sobre el pecho, y María besó aquella diestra con respeto reverencial. Cojió D. Juan entre sus manos la hermosa cabeza de la jóven, que se habia reclinado á sus piés, y acarició repetidas veces aquella lustrosa cabellera, finísima y ensortijada.

—¿Es verdad, María, prosiguió el príncipe, que me he mejorado en Namur? ¿Es verdad que no nos separarémos tan pronto como yo temia dias pasados?

Ahogó la jóven un suspiro y repuso, enjugando una lágrima, que iba trazando por sus mejillas un brillante hilo de cristal.

—Es verdad, príncipe, que siempre estarémos unidos.

—No me deja la calentura; pero me aseguran los médicos que con una sangría recobraré en breve la salud y las fuerzas.

—¿Qué dices? preguntó María arrodillándose ante D. Juan.

—Me han asegurado los médicos que desaparecerá la fiebre con una sangría, y yo he condescendido con la opinion de mis doctores.

—¡Jamás, jamás! esclamó la hija del armero con el acento del terror.

—¿Qué dices, María? preguntó el austriaco fijando en la jóven una penetrante mirada, que pretendia aclarar misterios con su punzante intensidad.

—No permitiré que te sangren, repuso María con una horrible convulsion y arrastrándose sobre la alfombra.

—¿Por qué? dijo el príncipe con una sonrisa tan amarga que hizo á María temblar de nuevo: ¿por qué no quieres que me sangren?

—Porque estás muy débil, repuso la jóven con dulzura, y no quiero que se aumente tu debilidad; porque la sangre es el bálsamo que da vida.

—Estoy muy débil, María, muy débil, añadió el príncipe apartando la mano con que acariciaba los cabellos de la hermosa jóven; pero aunque mi cuerpo está débil, tengo una voluntad de hierro que no se doblega jamás. ¿No sabes, María, que mi voluntad puede hacer prodigios cuando es indispensable hacerlos?

—Cuando la enfermedad es grave la voluntad se debilita.

—¿No me has visto en el foso de Philipeville? Estaba enfermo, María, enfermo, y sin embargo, los mas robustos gastadores se admiraban de mi vigor: si otro muro se me presenta, lo atacaré del mismo modo.

—Pero ese esceso de fatiga te produjo la fiebre, príncipe.

—La fiebre se cortará con la sangría: lo han asegurado los médicos.

—Yo te suplico que no te sangres, murmuró María con dolor.

—¿Me lo suplicas? preguntó el príncipe con una espresion inesplicable.

—Sí, D. Juan, repuso María con mas firmeza y decision.

—Sin embargo, me es imposible complacerte, por mas que lo siento en el alma.

El príncipe clavó su mirada penetrante en la jóven, y rechazándola bruscamente dijo con acento sombrío y al mismo tiempo desgarrador:

—Necesito quedarme solo: estoy débil como has dicho, muy débil, y quiero descansar. No puedo resistir una mirada, y me atormenta hasta el sonido de tu voz.

María se levantó pausadamente, saludó al príncipe con una inclinacion de cabeza, y salió derramando lágrimas.

La situacion de Don Juan de Austria era mas triste y afanosa que la de la enamorada hija de maesse Cornelio Estraten. Amaba á María con amor casto y tan violento como el huracan que troncha á la encina ó lleva en sus alas la pesada mole del alud: hubiera sacrificado por ella un trono, y quizás lo sacrificará; hubiera dado por una sonrisa de María la bienaventuranza, y con todo, sospechaba de ella algunas veces; mas que sospechar, la creia autora, instrumento ó cómplice de un crímen, que le iba acabando la vida como leve oruga á una flor. ¡Qué situacion para un amante!

La hija de Cornelio Estraten habia oido decir al astrólogo, que apresurarian la muerte del príncipe si le sacaban una sola gota de sangre, y se oponia con todas sus fuerzas á que le hicieran la sangría: Don Juan creia por el contrario, que las evacua-

ciones de sangre podrian desterrar su dolencia, y que la jóven se oponia con intento de asesinarlo. Esta idea le roia los sesos, batallaban en lucha continua la cabeza y el corazon, y esta lucha terrible era un mortal tósigo tambien. ¡Qué situacion para una mujer enamorada, entusiasta, noble y sensible!

Recobró el príncipe su energía, despues de un largo vacilar, y sacudió una campanilla de plata. Gonzalo se presentó al momento, siempre pronto á cumplir el menor deseo de su amigo.

—¿Qué queréis, señor, preguntó el paje, inclinándose con respeto.

—¿Has visto salir á María? preguntó Don Juan con interés.

—La he visto, señor, repuso Gonzalo con la mayor naturalidad.

—¿Y qué te ha dicho? volvió á preguntarle el austriaco.

—Nada, señor, añadió el paje, no comprendiendo el sentido de las preguntas.

—¿Absolutamente nada? instó de nuevo el príncipe Don Juan.

—Unicamente, "adios, Gonzalo," dijo el paje con sencillez.

—¿Y nada mas? por cuarta vez preguntó el príncipe.

—Nada mas, señor; pero noté....murmuró Gonzalo.

—¿Qué has notado, Ganzalo? dí, interrumpió D. Juan.

—Que derramaba amargo llanto, repuso el paje enternecido.

—Tambien los cocodrilos lloran, dijo el austriaco con frialdad.

El príncipe se pasó la mano por la frente y prosiguió:

—Llama á mi médico, Gonzalo, y dile que venga al momento.

Obedecer sabia Gonzalo las órdenes de su señor sin que le fueran repetidas, é inmediatamente salió en busca del médico de Don Juan de Austria. Reclinado éste en un sillon, esperaba con impaciencia la llegada del facultativo, cualidad de enfermo, que al verlo cree mitigadas sus dolencias, y que cuando lejos está siente mas intensos dolores.

Las órdenes de los poderosos ordinariamente se cumplen en el momento que se dan; el médico vivia tambien en *el palacio de las Flores*. Gonzalo llegó á su aposento, le comunicó el mandato del príncipe, y le acompañó á la real cámara, haciéndole andar á buen paso.

—Mucho has tardado, dijo D. Juan viendo entrar al médico, hombre de mediana estatura y de modales obsequiosos.

—El tiempo preciso, señor, para venir desde mi cuarto á la cámara de V. A., respondió el médico, inclinándose con respeto y veneracion.

—Siéntate, repuso el austriaco ecsaminándole atentamente.

El médico no esperó nueva órden, y se sentó, con la confianza que siempre da á los de su clase lo importante de su ministerio.

—Tengo que hablarte, prosiguió el príncipe D. Juan.

—Estoy á las órdenes de V. A., dijo el médico con dulzura.

—¿Qué enfermedad tengo? preguntó el príncipe, como si por la primera vez hablaran de ella, ó no hubieran sabido esplicársela.

—Una fiebre lenta, señor, poducida seguramente por las fatigas de la guerra, y particularmente por la ruda faena de Philipeville, como he manifestado á V. A. en diferentes ocasiones.

—¿Estás seguro de que mi enfermedad es una fiebre, producida por las fatigas de la guerra?

—Tan seguro como de estar viendo á V. A., repuso el doctor.

—¿No podria proceder mi mal de otra causa? preguntó el príncipe.

—Permítame V. A. le diga, que tiene una singular aprension.

—¿Cómo me veré pronto libre de esta fiebre lenta y obstinada?

—Con la sangría, repuso el médico magistralmente.

—¿Y si procediera mi fiebre de tósigo? preguntó D. Juan.

—Repito, señor, que pensar en ello es una quimera ridícula.

—Será una aprension, pero quiero que me respondas bajo esta hipótesis, volvió á instar el austriaco con perseverancia no comun.

—Convendria tambien la sangría, repuso el médico friamente.

—¿Convendria mucho la sangría si me hubieran administrado veneno?

—Mas que en otro caso, dijo el médico, y añadió para sí: hacer desaparecer la fiebre es el único medio de que termine su aprension.

—Aquí está mi brazo, repuso el príncipe, tendiendo su diestra al doctor. Abre mis venas: pronto, pronto, que esta fiebre me martiriza. Farnesio ha tomado á Limburgo y Dalhe; el príncipe de Orange se ha apoderado de Amsterdan, el duque de Anjou viene sobre Flandes, el ejército de los Estados se acrecenta, y yo nocesito abrir la campaña muy en breve.

—Antes necesita V. A. curarse, observó el prudente doctor.

—¿No me has dicho que con esta sangría me pondré bueno?

—Así es la verdad, y lo repetiré cien veces si es necesario.

—Apresúrate á abrir mis venas, añadió Don Juan resueltamente.

—¿Quiere V. A. sangrarse hoy? preguntó el médico.

—No te he dicho ya que ahora mismo, dijo el príncipe con impaciencia.

—Es preciso disponer.....murmuró el doctor levantándose.

—Gonzalo, dijo el príncipe, adivinando la idea del médico, dí á los criados que traigan agua, una palancana, una toalla, una taza.

Y dirijiéndose despues al médico añadió con la misma enerjía:

—Tú traerás vendas: ¿necesitas alguna cosa mas?

—Nada mas, señor, repuso el médico algun tanto sobrecojido.

Gonzalo salió inmediatamente á disponer lo necesario, y al minuto se impacientaba el príncipe porque no estaba ya de vuelta.

—Cuánto tarda, dijo irritado; y luego dirá que me sirve bien.

—Acaba de salir, señor, repuso el médico, procurando tranquilizarle.

—Gonzalo sabe que me gusta poco esperar, y tarda mucho mas que nunca.

Y como si el paje no quisiera confirmar las palabras del príncipe, se presentó en el mismo instante trayendo una toalla en la mano y seguido por dos criados, que conducian una palancana de plata, una taza y un agua manil del mismo precioso metal.

El príncipe se desnudó el brazo, el médico sacó su estuche y dijo á D. Juan, despues de hacer los convenientes preparativos:

—¿Queréis, señor, acostaros de un todo en el lecho?

—Acostarme para una sangría, repuso el príncipe jovialmente; ó habeis perdido la cabeza ó me tomais por una dama.

Frotó el médico el brazo del príncipe, lo ligó despues con una especie de trencilla, bañó la mano repetidas veces en agua tibia, preparó su aguda lanceta é hirió la vena con sorprendente agilidad. La sangre se agolpó á la herida, saltó, manchando al jóven paje, que de rodillas sostenia la rica palancana, y en breve empezó á coagularse cubriéndose de viscosidades.

—¿Qué os parece mi sangre? preguntó al médico el austriaco.

—Un poco inflamada, señor, como habia dicho á V. A.

—¿De modo que era necesaria la sangría? preguntó el príncipe.

—De absoluta necesidad, repuso el médico doctoralmente.

El príncipe lanzó un suspiro; y como si quisiera ahogar esta manifestacion involuntaria de abatimiento ó de dolor, siguió hablando con una bulliciosa alegría. El médico fué á cerrar la herida, pero le detuvo el austriaco, diciéndole atropelladamente:

—Deja, deja, quiero que me salga mas sangre, mucha mas sangre.

—He sacado seis onzas, señor, y no creo oportuno sacar mas.

—Me siento bien, me siento bien. Otra onza mas y concluimos.

El médico satisfizo al príncipe; puso despues un tafetan sobre la herida, vendó la mano hábil y delicadamente, y en seguida preguntó al enfermo, con una sonrisa de satisfecha vanidad:

—¿Cómo se encuentra V. A., despues de esta arga sangría?

—Mucho mejor. Púlsame y verás que diferente está mi pulso.

—Apenas queda un resto de fiebre, dijo el médico despues de pulsar al austriaco.

—¿De veras? preguntó D. Juan con estraordinaria alegría.

—¿V. A. no lo conoce? añadió el médico participando de la satisfacion del austriaco.

Lanzó el príncipe un hondo suspiro y murmuró:

—He vuelto á la vida, y no queria que me sangrara.

CAPÍTULO XIII.

FELICIDAD.

No se equivocó el médico del príncipe: mejoróse su ilustre enfermo, y si no desapareció la fiebre, quedó tan lenta, que era muy dificil advertirla. D. Juan, bastante preocupado de su enfermedad hasta entonces, comenzó á no pensar en ella, y distraido con la llegada de Alejandro Farnesio y algunos otros capitanes, si faltaban fuerzas á su cuerpo, túvolas al menos su espíritu belicoso y emprendedor.

Sólo se encontraba una mañana, pensando en la hermosa María, y queriendo alejar de su mente la mas leve sombra de sospecha, cuando se presentó Gonzalo, batiendo las palmas de júbilo y con la bulliciosa alegría de mozo de tan corta edad.

—¿Qué traes, Gonzalo? le preguntó el príncipe, asociándose á su contento, y estimulándolo de este modo á continuar sus demostraciones.

—Nada, señor; pero vengo á pedir á V. A una gracia que no me ha de negar, repuso el leal y valeroso servidor, con arrogante continente.

—Te la concedo desde ahora, dijo D. Juan en el mismo tono algo enfático que Gonzalo habia usado antes.

—En ese caso no la pido, observó el jóven paje.

—¿Por qué? le preguntó el austriaco, estrañando su marcialidad.

—Porque me la tomo yo mismo, como lo verá V. A.

Dirijióse Gonzalo á la puerta, abrió sus hojas enteramente, y el príncipe vió entrar en su cámara, á D. Pedro de Toledo, D. Lope de Figueroa, D. Alfonso de Leyva, su hermano D. Sancho y su tio D. Diego Hurtado de Mendoza; todos caballeros españoles, muy estimados de D. Juan.

A su vista se levantó el príncipe, con un júbilo inesplicable, y al mismo tiempo los caballeros doblaron en tierra sus rodillas, y pidieron sumisos la gracia de besar la mano de S. A.; gracia que esperaban conseguir por mucho haberla deseado.

Condescendió el príncipe gozoso, instó á todos para que se sentaran; pero ninguno condescendió, temiendo faltar al respeto que el austriaco les merecia, como príncipe y capitan.

—¿Qué me traes, D. Pedro de Toledo? preguntó el príncipe al bizarro hijo de D. García, virey de Nápoles.

—Mi brazo y mi espada, señor, repuso Toledo marcialmente.

—Buena espada, D. Pedro, y buen brazo. ¿Qué me trae el siempre bizarro D. Lope de Figueroa, á quien tanto estimo y venero?

—Señor, un tercio de veteranos españoles, de quienes seré maestre de campo, si así le place á V. A., repuso el bizarro D. Lope.

—Me place, D. Lope, me place. Un buen tercio de castellanos vale tanto como un ejército. ¿Qué me trae D. Alfonso de Leyva, cuyo apellido me recuerda al valiente defensor de Pavía?

—Señor, repuso el hijo de D. Sancho, virey de Navarra, traigo á V. A. una compañía de nobles españoles, de la cual mi hermano es teniente, mi tio alférez y yo capitan.

—Bien, D. Alfonso. Una compañía de nobles españoles necesita diez mercenarios para batirse en buena lid: y dirijiéndose á los dos restantes, añadió: ya sé, D. Sancho, que me traes una buena espada de Toledo; y aseguro, D. Hurtado, que sostendrás sin manos tu bandera, como el valiente García Vargas, si se presenta la ocasion, lo que ruego á Dios no suceda.

—Mucho me honrais, señor, dijo Hurtado con noble orgullo.

—Muy bien lo mereces, D. Diego, repuso el austriaco con bondad.

Viendo el príncipe que los caballeros no osaban sentarse en su presencia, y considerándolos cansados, mandó á Gonzalo que les procurára alojamientos, y los despidió con palabras tan obsequiosas, que todos quedaron mas esclavos del magnánimo é ilustre guerrero, bajo cuyas órdenes debian militar y vencer.

Solo el príncipe, segunda vez, no pensó como antes en su amor, pero se entusiasmó su mente con cuadros de asaltos y batallas. Sentia arder la sangre en sus venas, como el generoso caballo al bélico son del clarin, y se trasladaba á los parajes que habian ilustrado su nombre. Esta meditacion de gloria, ardiente fué pero no larga: la puerta se abrió de improviso y apareció Alejandro Farnesio, dando la derecha á un anciano. Al verlo se levantó el príncipe, le abrió los brazos, y salió á su encuentro diciéndole, con la efusion de un verdadero y tierno hijo:

—Venid á mis brazos, padre mio. Venid en buena hora á mis brazos.

El anciano se precipitó en ellos y D. Juan esclamó:

—¡Por fin estrecho entre mis brazos al prudente Gabriel Serbelloni! ¡Por fin lo estrecho despues de una tan larga ausencia!

—¡Por fin estrecho entre los mios al invencible D. Juan de Austria! esclamó Serbelloni á su vez, derramando abundantes lágrimas, que su blanca barba detenia.

—¿Habeis llenado, padre mio, la comision que os confié?

—Os traigo, señor, dos mil soldados italianos, elegidos uno por uno en todo el gobierno de Milan, y elegidos por Serbelloni.

—Muy bien, muy bien. Soy, padre mio, el mas dichoso de los hombres: os tengo á vos y al mismo tiempo estoy rodeado de mis valientes españoles. ¿Qué mas puedo yo desear?

—¡Siempre los preferís, D. Juan! observó el respetable anciano.

—¿Y no lo merecen, Serbelloni? repuso el príncipe.

—Teneis razon, dijo el italiano; y sentándose á la derecha de D. Juan, á instancia de éste, mientras Alejandro lo hacia á la izquierda, se informó minuciosamente del estado de los negocios, con la fija atencion de un hombre que está acostumbrado á dirijirlos en las mas críticas ocasiones.

Un solo escollo se presentaba para que los planes del austriaco, aprobados por Serbelloni y por el príncipe de Parma, no tuvieran cumplido efecto, era este escollo la grande escasez de metálico. El príncipe de Parma proponia una contribucion sobre el país, ó apoderarse de una ciudad rica, Bruselas ó Amberes, por ejemplo, y obligar á sus ciudadanos á que aprontaran gruesas sumas; pero D. Juan y Serbelloni, no creian prudentes unos medios, que aunque recientemente usados por Guillermo, príncipe de Orange, con sus propios amigos, no eran justos y forzosamente atraerian la animadversion del país. La cuestion era muy dificil, la necesidad muy urjente. ¿De qué manera decidirla? Gonzalo se presentó de nuevo y dijo al príncipe:

—Señor, Gaspar de Robles acaba de llegar de España, y pide permiso para presentarse á V. A. ¿Qué digo al noble capitan?

—¿El señor de Velli ha llegado? repuso el príncipe con mal encubierta ansiedad y levantándose de su asiento sin poder dominar su emocion.

—Está en la antecámara, señor, replicó el intrépido paje.

—Preséntamelo inmediatamente, dijo el austriaco ocupando otra vez su asiento.

Salió el paje, y momentos despues entró Gaspar de Robles en traje de camino, saludó al príncipe respetuosamente, y le presentó un pliego cerrado. Lo recibió Don Juan con ansia, y despues de haberlo recorrido, leyó en alta voz:

"He estado remiso en hacer la guerra á los re-
"beldes por darles tiempo de reducirse á mi servi-
"cio; pero he determinado amparar con armas mi
"autoridad. Para ello os envío novecientos mil du-
"cados de oro, y os proveeré en cada un mes tres-
"cientos mil mas, con que sustenteis un ejército de
"treinta mil infantes, seis mil caballos y treinta pie-
"zas de artillería."

—Previsor ha estado el monarca, dijo Serbelloni cuando acabó el príncipe su lectura y pidió al anciano su opinion.

—Mucho te debo, señor de Velli, dijo Don Juan al recien llegado.

—Nada, señor, repuso Robles con vivas muestras de respeto.

—¿Qué has dicho á mi hermano? preguntó el príncipe.

—Le he pintado con la fidelidad posible el estado de este país.

—¿Y se ha persuadido S. M. de que solo á fuerza de armas conseguirémos hacerlos entrar en razon? preguntó el austriaco conteniendo una sonrisa algo sarcástica.

—S. M. está persuadido de que solamente V. A. puede regir con mano firme el timon de tan revuelta nave, y por lo tanto le autoriza mas ampliamente para que dirija los negocios, como crea conviene á la dignidad del monarca y bienestar de las provincias, sin que le detenga razon alguna de delicadeza ó interes.

—La suerte nos proteje, Alejandro, dijo el príncipe dirijiéndose á su sobrino, y hablando despues con Serbelloni añadió: No sabiamos qué hacer, padre mio, por falta de recursos, y ahora los tenemos abundantes; vuestra llegada y la de Robles á un tiempo mismo es un suceso verdaderamente milagroso.

—Dios proteje la buena causa, dijo Serbelloni con autoridad.

—Ahora es ocasion, añadió Alejandro, de reforzar un tanto nuestro ejército, y de habérnoslas con ese orgullo enemigo. Ahora es la ocasion de cortar las quince cabezas de la hidra, dándolas fuego para que no broten jamas.

—Ya contamos, repuso el príncipe, con los socorros que nos ha traido mi buen padre, con la compañía de Don Alfonso de Leiva y con el tercio del buen Don Lope de Figueroa. No obstante, mandarémos hacer nuevas levas, y organizarémos algunos tercios de alemanes, pues de los franceses desconfio; y como este párrafo habla contigo, préstame atencion, Alejandro, añadió Don Juan presentando la carta del rey:

"Le vuelvo á ofrecer y mando que acepte á mi
"sobrino el príncipe de Parma, doce mil ducados
"en cada un año por sueldo, y dos mil para los de
"su cortejo y soldados de su guardia. Confirmo á
"Octavio Gonzaga en el empleo de general de la
"caballería, señalándole quinientos ducados cada
"mes."

—Generoso está S. M., dijo Alejandro, y particularmente conmigo, que soy sin duda el mas novel y menos distinguido cabo de toda la hueste.

—S. M., príncipe de Parma, recompensa á quien bien le sirve, repuso Don Juan, y tú le has servido de modo que mereces la recompensa.

—Soy ya viejo, añadió Gabriel Serbelloni, y con facilidad me canso. Con vuestro permiso, señor, voy á retirarme.

—¿Adónde vais? preguntó Don Juan al anciano con todo el cariño de un hijo.

—A mi alojamiento, señor repuso el antiguo, guerrero.

—¿En dónde está ese alojamiento que buscas con tanta fatiga?

—En vuestro palacio, replicó Serbelloni comprendiendo la idea del príncipe.

—Creí que mi padre no venia á la casa de su tierno hijo.

Serbelloni quiso besar la mano al príncipe sin que lo consintiera éste; Gaspar de Robles lo consiguió, y acompañados de Alejandro, salieron los dos del aposento muy satisfechos de Don Juan.

Apenas habian traspasado el umbral, cuando por una puerta perfectamente disimulada en un tapiz, entró María vestida de paje como siempre. En la mirada de la jóven se leia una pena profunda que en vano procuraba ocultar.

—Ven, María, la dijo el príncipe tiernamente, y toma parte en mi suprema felicidad, ya que tantas veces la has tomado en mi desventura.

—¿Eres feliz? preguntó la jóven casi sintiéndolo con el egoismo de una amante.

—Sí, hermosa mia, y espero que no me abandone tan suprema felicidad.

—¿Qué te ha sucedido, Don Juan, para que te juzgues feliz?

—Tengo soldados, oro, y tambien amor. ¿No es verdad?

—Sí, murmuró María con lánguida y dolorosa lentitud.

—Tengo un amor inmenso en mi alma, y en la tuya un amor inmenso arde tambien. ¿No es verdad que me amas, María, como en la gruta misteriosa?

—Sí, príncipe, y puedo asegurarte que te amo algo mas.

—¡Qué feliz soy! ¡Cómo late mi corazon! ¡Quisiera morir en este instante!

—Y yo, murmuró la hija del armero con el acento de la verdad.

—¡Cuánto te amo, María! ¡Hermosa mia, cuánto te amo!

—Yo tambien te amo como nadie ama, como nadie ha amado, como nadie amará en el mundo.

—Siéntate, María en esos mullidos almohadones.

María se sentó con la misma dulce languidez que hacia tiempo la dominaba.

—Pon tu cabeza en mis rodillas, añadió Don Juan dulcemente.

La jóven reclinó su cabeza sobre las rodillas del príncipe.

—Cuando yo me muera, María, reposa tambien tu cabeza sobre un estremo de mi ataud.

María lanzó un ¡ay! penetrante, el príncipe dió un suspiro profundo, y llevando las manos á su frente quedó en un silencio sepulcral.

¿Qué se habia hecho la felicidad del guerrero? ¿Qué la del amante? Soldado y hermosa ecsistian; pero sin embargo, una sombra habia disipado por encanto tantos sueños de felicidad.

CAPÍTULO XIV.

EL COMODIN.

Dijimos en tiempo oportuno, que en la batalla de Gemblours cayó prisionero Guillermo Matren, y que, como hijo del posadero mas opulento de las diez y siete provincias, y el mayor alborotador imaginable, habia sido llevado en rehenes á la ciudadela de Namur. El gobernador de la ciudadela, siguiendo las órdenes del príncipe, trataba á sus

presos con la mayor cortesanía, prodigándoles cuantas atenciones pudieran ecsijir de un amigo, de modo que solo le faltaba tener entera libertad. Guillermo Matren no echaba menos su posada, comia como un gloton incorregible, bebia mas de lo acostumbrado, dormia siempre de sol á sol, solo echaba menos dos cosas: la caza y la posibilidad de ver algunos momentos á María.

¡Qué constante era el pobre Guillermo! Tenía el mozo tan pocas ideas, que en encariñándose con una, no la dejaba fácilmente, y su idea amorosa era María; idea que le habia costado mucho adquirir, y que no podria nunca abandonar.

Estaba una siesta Guillermo entregado á sus reflecsiones, ó haciendo á lo menos que lo estaba, pues tenia el codo en una mesa y sobre su mano la mejilla, cuando percibió ruido de pesos, y pocos momentos despues vió delante á un criado del gobernador con quien tenia íntima amistad, por muy poderosas razones y no despreciables servicios. Eran las razones, que la inteligencia, modales y costumbres del posadero y el criado estaban calcadas sobre un mismo molde, de manera que se comprendian por instinto: eran los servicios que Bruno, así se llamaba el criado, proporcionaba al prisionero el mejor vino de la bodega de su amo, el mejor pernil, las pechugas mejor asadas, y hasta el pan de menos corteza; siendo cosa bien averiguada que la miga es apetecido manjar de tontos, y Guillermo le recompensaba con algun florin de propina. No necesitamos advertir que el posadero y el criado se trataban siempre con una absoluta franqueza; en una palabra, como hermanos.

—Hola, Guillermo, dijo Bruno dando un arriesgado traspiés: debe recordarse que era por la siesta, y que Bruno, bajo su mala capa era un escelente bebedor. ¿En qué diablos piensas ahora?

Guillermo levantó la cabeza, se esperezó dos ó tres veces, y respondió, dando un bostezo capaz de estremecer á un hombre menos acostumbrado que Bruno á salutaciones semejantes.

—No pienso, Bruno, no pienso, Bruno, estoy un poquillo adormilado, y cuando un hombre está adormilado no piensa.

Tambien es preciso recordar que, bajo buena ó mala capa, Guillermo Matren era un escelente bebedor.

—Pues despiértate, amigo mio, que vengo encargado de una mision muy urgente y muy importante; sobre todo para tí.

Guillermo volvió á bostezar y repitió en el mismo tono:

—¿Vienes encargado de una mision muy importante?

—Figúrate si será importante, cuando la ponen á mi cuidado.

—Ya lo creo. Y es una mision muy urgente, ¿no es verdad?

—Figúrate si será urgente cuando me la confian, Guillermo.

—¿Y se puede saber de qué trata? preguntó Guillermo, oldivando que debian decírselo.

—Ya lo creo que puede saberse. Trata, trata.... Espérate, lo recordaré. Algunas veces, despues de comer, tengo la cabeza tan pesada, y hoy he comido demasiado. Pierdo la memoria, Guillermo, despues de comer.

—A mí me sucede lo mismo. Siéntate, Bruno, si estás malo.

—No, Guillermo. Ya la recuerdo.... Trata.... trata.... trata....

—¿Trata.... trata?.... preguntó Guillermo repitiendo maquinalmente las palabras de su interlocutor.

—De que mi amo quiere hablar contigo al momento.

—¿El gobernador? preguntó Guillermo despejándose á esta noticia, como si le hubieran aplicado un pedazo de hielo á la frente.

—¿Quién es mi amo? ¿Quién es mi amo? preguntó Bruno por dos veces.

—El gobernador de la ciudadela, repuso Guillermo Matren.

—Pues está claro que el gobernador de la ciudadela es mi amo. ¿Me esplico, Guillermo? y eso que acabo de comer. ¿Estás enterado? Mi amo, el gobernador de la ciudadela, quiere hablarte. ¿Me esplico?

—Te esplicas. ¿El gobernador quiere hablarme? Te esplicas, Bruno.

—Clarito, muy claro: para desempeñar una comision importante han nacido dos hombres nada mas: el hijo de mi madre y yo. Y eso que acabo de comer.

—Pues que venga.... Dile que venga, á tu amo, al señor gobernador.

—Le diré que venga.... Pero es el caso que el gobernador quiere que vayas, repuso Bruno tristemente, porque sentia no satisfacer los deseos de su buen amigo Guillermo Matren.

—Iré, Bruno; pero es el caso que me duele tanto la cabeza, y las piernas no están muy firmes, replicó el posadero, cuyo momentáneo despejo comenzaba á desaparecer.

Guillermo se levantó, apoyándose en el bufete, probó á andar, y dió un traspiés algo mas fuerte que el de su compañero Bruno.

—Ves, hombre, que débil estoy; añadió tartamudeando.

—Te habrá dado algun maerillo: bébete ese vaso de agua y verás como te refrescas, repuso el criado probando á tenerse derecho y formando una S con la cabeza inclinada hácia adelante, y los piés que al pavimento se pegaban.

—Me hace daño el agua, dijo Guillermo, mirando el vaso con desden.

—A mi tambien; pero en ocasiones es preciso, respondió Bruno, presentando el vaso á su amigo.

Guillermo se bebió la mitad del vaso á pequeños sorbos, haciendo vascas y espurreos: Bruno derramó la mitad restante sobre la bandeja, empapó su mano, la aplicó repetidas veces á la frente del posadero, y, llevándola despues á la suya, reprodujo la operacion, con una manifiesta ventaja de sus sobrecargados cerebros, y dando firmeza á sus piernas, siempre débiles y pesadas.

—¿Cómo te sientes? preguntó el criado del gobernador al posadero.

—Algo mejor, repuso Guillermo, dando algunos pasos por la estancia. ¿Estás seguro de que quiere verme tu amo?

—Vaya si lo estoy, tan seguro como de que esta noche cenando me beberé dos botellas á tu salud.

—¿Quién te ha dicho que quiere verme? preguntó Guillermo, despues de haber pasado la lengua por los labios al recuerdo de las dos botellas de Bruno.

—El mismo gobernador, mi amo, en cuerpo y alma.

—¿Cómo te ha dicho? volvió á preguntar el posadero.

—Bruno ó bruto, no puedo afirmar cuál de las dos cosas: anda, vé y dí á maesse Guillermo Matren, que tenga la bondad de venir.

—No hay duda, tengo que ir allá. ¿No sabes tú para qué me quiere?

—Ni una palabra mas me dijo. ¿Te engañaría yo?

—Vamos, Bruno, añadió Guillermo, abrochando su coleto, subiéndose un poco las calzas, tomando su sombrero de anchas alas y colocándose bien el cinto. Bruno dió la mano á su amigo, queriéndole prestar la ayuda que para sí necesitaba: salieron juntos á un ancho patio, respiraron el aire libre, y merced al agua que habia bebido, y á la que le habia puesto Bruno en la frente, llegó Guillermo muy borracho á la casa del gobernador; pero llegó por propio pié, lo que no hubiera podido hacer antes.

Un criado, mas sóbrio que Bruno, esperaba al posadero en la puerta, y suplicándole le siguiera, le hizo atravesar varias piezas y le condujo á un escelente gabinete primorosamente amueblado.

—Esperad, señor, esperad, dijo el criado y al momento desapareció.

Cuando se vió solo Guillermo, quiso discurrir, pero su mente no condescendió con su deseo, y se contentó con mirar los sitiales y los tapices. Distrayéndose iba con las flores, cuando el ruido de una cortina llamó su atencion, y volviéndose, en vez de encontrar, como esperaba, al gobernador de la ciudadela, se encontró con la seductora María, mas hermosa para el prisionero despues de una ausencia muy larga.

Tan inesperada aparicion disipó los vapores del vino; pero trastornó al mismo tiempo la cabeza del pobre mozo, que cayó de rodillas esclamando en un estenso diapason:

—¡María! ¡María! ¡María! y juntó las manos como si á la vírgen adorara.

Para motivar esta entrevista, necesitamos retroceder y referir algunos pormenores que habian sucedido antes de ella. Atenta María á los progresos de la oculta enfermedad del príncipe, lo estaba tambien á los cambios que solia notar en su carácter. Creyó primero que eran efecto de la enfermedad; pero, estudiándolos despues con escrupulosa atencion, y separando la no pequeña parte qué á ella podia hacer referencia, notó que el príncipe la amaba con pasion cada dia mas loca, pero que al mismo tiempo tenia una especie de desconfianza.

De deduccion en deduccion, y de conjetura en conjetura, fué descubriendo poco á poco una parte de la verdad; y, aunque se horrorizó al descubrirla, quiso apurar el amargo caliz con ánimo firme y resuelto.

De cuantos rodeaban al príncipe, una sola persona sabia que aquel misterioso y lindo paje era una mujer; y esta persona era Gonzalo. María puso en él su esperanza, y le reveló sus temores, buscando en el alma de un niño el favor que nunca hubiera pedido á los hombres.

El frecuente trato del paje con esta mujer dulce, altiva, tímida y valiente á la vez, le habia hecho quererla con el tierno amor de un hermano. Escuchó las quejas de María, cedió á sus ruegos, y la refirió las palabras que habia dicho Gonzaga al austriaco en el campamento de Philipeville, la impresion que habian hecho en el lacerado ánimo del príncipe, y su aprension de que le habian dado algun tósigo.

—Gonzalo, dijo entonces María, sois casi un niño, pero sé que sois un caballero, digno descendiente del Gran Capitan, cuyo nombre y apellido llevais.

—Me precio de tal, repuso Gonzalo; y, aunque apenas me apunta el bozo, sabeis, señora, que no manejo mal la espada.

—Voy á revelaros un secreto, que juraréis guardar.

—Lo juro, señora, á fé de castellano, repuso el paje con orgullo, porque iba á guardar en su pecho el secreto de una mujer.

—El príncipe esta envenenado, dijo María con tono solemne.

El jóven paje retrocedió, fijando en María una mirada dura y siniestra, que espresaba todas las sospechas de Gonzaga y los temores de D. Juan.

—¿Me creeis capaz de tan gran crímen? añadió María ruborizada.

—Nada creo, señora, nada creo, pero necesito esplicaciones.

—Las tendréis, Gonzalo, cumplidas, repuso María noblemente.

—Hablad, señora, y no estrañeis que os escuche con impaciencia.

—Conoceis á maesse Genaro, el astrólogo de Bruselas.

—Le conozco; y tuve que tratarle para llegar hasta vos, señora.

—¿Recordais las palabras que os dijo la primera vez que os habló?

—Las recuerdo, señora, las recuerdo, repuso Gonzalo aterrado. "El poder, jóven, de los reyes es nada comparado al mio: y una frente que haya ceñido los laureles de cien victorias caerá herida, como al golpe del rayo, al golpe de mi voluntad." Esto me dijo, lo recuerdo.

—Me referisteis esas palabras en nuestra primera entrevista, y, alarmada con ellas, corrí á *á la torre de los Tres Cipreses*: protejida por mi disfraz,

y con el prestigio de mi nombre supuesto, arranqué al químico su secreto, y supe que habia entregado á Felipe de Marnis una pastilla que, perfumando con ella cualquiera objeto y frotando con él la piel, era bastante para causar una muerte lente y segura. Inmediatamente corrí á unirme con D. Juan, llegué á Gemblours, entré en la cámara del príncipe, y le ví dejar la toalla en una bandeja, que sostenia Felipe de Marnis. ¿Comprendeis toda la amargura de mi alma, todo el horror de mi secreto?

—¿Señora? murmuró el jóven paje con doloroso abatimiento:

—Su barba postiza y su disfraz no le ocultaron á mis ojos.

—¿Por qué no avisasteis? esclamó Gonzalo con vehemencia.

—Caí desmayada, dijo María, enjugando una ardiente lágrima.

—Es verdad, murmuró Gonzalo llevando la diestra á su espada.

María siguió refiriendo á Gonzalo pormenores y sufrimientos; la seguridad que tenia de que el tósigo era mortal, y que contaba con su aucsilio para encontrar medio de justificar su inocencia. Gonzalo juró que Felipe de Marnis no sobreviviria á su víctima; por consejo de María, pidió al príncipe la libertad de Guillermo Matren; y despues de haberla conseguido, arregló con el gobernador de la ciudadela la entrevista que debemos ahora presenciar, si con ánimo de varon constante proseguimos esta fiel y verídica historia.

—¡María! ¡María! repitió Guillermo arrodillado, y pasándose la mano por los ojos, como temiendo estar dormido ó verla entre los vapores del vino.

—Guillermo, repuso María con acento firme y sonoro.

—¿A qué has venido aquí, María preguntó el turbado posadero.

—¿Qué te importa? ¿No sabes, Guillermo, que solo te concedo el derecho de contestar á mis preguntas? ¿Quién te autoriza á que pregúntes á tu vez?

—Es verdad, murmuró Guillermo, inclinando mas la cabeza.

—¿Por qué te has escedido Guillermo de un modo tan poco cortés?

—Perdona, María, te prometo no escederme mas en la vida.

—Levántate, Guillermo, levántate y ocupa un sitial.

Guillermo se levantó bamboleándose, y ocupó el lugar que le indicó la jóven con la mano: tambien tomó asiento María.

—¿Deseabas verme? preguntó María al posadero.

—Y tanto como lo deseaba, repuso Guillermo con una estúpida sonrisa, mitad borracha, mitad tonta. Tú sabes que nada en el mundo quiero yo como á tí, María: tú sabes que mi amor....tú sabes....

—Basta Guillermo, basta, repuso María con dureza.

—Es que....murmuró el pobre mozo, queriendo encontrar una disculpa.

—Basta, he dicho, y te dejaré si así abusas de mi paciencia.

El posadero bajó los ojos, y la hermosa jóven prosiguió:

—¿Estas dispuesto á bedecerme?....Respóndeme, sí, ó no, Guillermo.

—Ya se vé que lo estoy. Como te amo tanto, algunas veces....

—¡Guillermo! interrumpió María con airado acento.

—Es verdad, María, no me acordaba que no me preguntaste por mi amor; repuso el tímido y fiel amante con un temor reverencial.

—¿Estás dispuesto á obedecerme? preguntó la hija del armero.

—Lo estoy. Haré todo lo que me mandes, y lo haré sin dudar, María.

—¿Obedecerás ciegamente cuanto te mande, Guillermo Matren?

—Me echaré en un pozo por tí. Cuando un hombre ama á una mujer.... añadió el posadero que, sin saber él mismo cómo, siempre estaba hablando de su amor.

—¡Guillermo! interrumpió la jóven con mas dureza y majestad.

—Perdona, María: no hablaba por mí: era una teoría general, y en eso de tonterías soy tan fuerte.... Teoría quise decir, hermosa.

Al pensamiento de María se presentó un *Bene dixistis*, que no pronunciaron sus labios, porque estaba muy preocupada para entretenerse con burlas, y repuso con dignidad:

—Es preciso, Guillermo Matren, que vayas mañana á Bruselas. ¿Me has entendido? mañana mismo irás á Bruselas.

—Perdóname, María, perdóname; pero no puedo complacerte.

—¿No puedes complacerme, Guillermo? preguntó María con asombro.

—Quizás no sabes que estoy prisionero, repuso Guillermo sollozando.

—No importa, replicó María con frialdad y prefundo desden.

—Me parece que estando preso.... murmuró Guillermo.

—Escúchame con atencion, y no desplegues mas los labios.

Guillermo bajó humildemente los ojos, y prosiguió María:

—Es preciso, en primer lugar, que vayas mañana á Bruselas. Debes dirijirte despues á *la torre de los Tres Cipreses.*

—¿A la madriguera del brujo? observó Guillermo con malicia.

—Sí, y dirás á maese Genaro estas palabras: "Maesse Genaro, habeis dado á Felipe de Marnis un tósigo para quitar la vida al príncipe. El tósigo era tan activo, que perfumando con él un lienzo y frotando con el lienzo la piel, causaba lenta y segura muerte. Escribid todo esto, maesse Genaro, y añadid además el uso que ha hecho Felipe del veneno." Así que adquieras el escrito, me lo traes inmediatamente: y no importa que en el camino revientes dos ó tres caballos.

—¿Y si maesse Genero se niega? preguntó Guillermo con razon.

—Lleva á prevencion tu puñal, repuso la jóven friamente.

—No escribirá despues de muerto, observó el hijo del posadero.

—Amenázalo con la muerte, y escribirá vivo, Guillermo.

—¿Y para qué quieres, María, el escrito de maesse Genaro?

—¿Con qué derecho me preguntas? dijo la jóven sonriéndose.

—Es verdad que no tengo derecho, pero.... murmuró Guillermo Matren.

—¿Pero qué? preguntó María con su sonrisita sarcástica.

—María, nada, repuso el posadero, no atreviéndose á medir sus fuerzas con las de tan singular mujer.

—¿Has aprendido las palabras que has de decir á maesse Genaro?

—Me parece que no, María, soy algo flaco de memoria.

—Es preciso que las aprendas, y que las aprendas muy pronto.

—Repítelas, y probaré; aunque te advierto que me costará gran trabajo.

María repitió varias veces las palabras que debia decir el posadero, hasta que consiguió grabarlas en la memoria de Guillermo; este trabajo debia ser ímprobo, pero conseguido era seguro que no se borrarian jamás, pues la memoria del posadero era de bronce y las palabras esculpidas en bronce no se borran.

—Ya las sé, dijo por fin Guillermo con aire de triunfo: ¡Oh, María, que milagros hace el amor! ¡Lo que ha logrado mi cariño!

Con tan grotesca ecsaltacion pronunció el posadero estas palabras, que no pudo contener María una sonrisa; y animado con ella Guillermo, añadió, soltando las palabras como sus linfas un torrente:

—¡Cuánto te amo, cuánto te amo! ¿Cuándo nos casarémos, María?

—¡Jamás! esclamó la jóven irritada; y levantándose bruscamente, añadió con aquel acento de mando que tanto imponía al posadero:

—Cumple mis órdenes, Guillermo, y no me preguntes jamás.

María desapareció repentinamente detrás de la misma cortina por donde se habia presentado, y Guillermo dijo para sí con una sangre fria admirable y una estupidez aun mas fria:

—Que irritable es esta muchacha, por nada se enoja, y ¡vive Dios! que sus miradas me dan miedo. Pero cuando yo vuelva triunfante me recibirá de otra manera. Mas es el caso que no estoy libre, y qué sé yo si podré ir.... si podré cumplir su deseo.... si....

En este momento entró el criado, que le habia llevado al gabinete, y con la misma fórmula de "tened la bondad de seguirme," le condujo al patio; en el patio lo esperaba Bruno, el cual, dándole un tierno abrazo, le dijo con las lágrimas en los ojos y la angustia dentro del alma:

—Tengo que darte una mala nueva, una nueva triste, Guillermo.

—¿Una mala nueva? preguntó el jóven aterrado.

—Al menos para mí lo es, y si tú no eres un ingrato, lo será tambien para tí.

—Esplícate, Bruno, y no tardes, porque, la verdad, tengo miedo.

—Estás en libertad, Guillermo, dijo Bruno lanzando un suspiro de una legua.

—Ya yo lo sabia, repuso Guillermo con el mismo solemne acento que pudo decirlo el intrépido Santiago Molay.

Al dia siguiente el posadero marchaba camino de Bruselas.

CAPITULO XV.

JUNTO A LA DICHA LA PENA.

En tanto que la hija del armero padecia mortales angustias y se procuraba los medios de patentizar su inocencia, el estado de los negocios se complicaba mas y mas, despertándose cada dia nuevas y mas poderosas ambiciones.

No satisfecho el príncipe de Orange con la tutela que ejercia sobre el archiduque gobernador; queriendo debilitar mas el poder con divisiones intestinas, para presentarse en tiempo oportuno como árbitro ó necesario mediador; pretendiendo destruir completamente el edificio para aprovechar los escombros, levantando uno que sirviera á su ambicion de pedestal; y deseando, en fin, hacer de las quince provincias lo que de Holanda y Zelanda habia hecho, entabló secretas negociaciones con Francisco, duque de Anjou y de Alenzon, y consiguió que los estados generales nombraran al duque protector de Flandes, con cuyo nombramiento atraeria sobre Don Juan de Austria las armas de este jóven príncipe, arrebatado y ambicioso. Pero no era este el pensamiento principal del astuto Guillermo Nassau, sabia muy bien que poniendo en íntimo contacto á los franceses y flamencos, lejos de estinguirse poco á poco las rivalidades de nacion, tomaria un nuevo incremento, y asegurarian al príncipe de Orange ó á sus sucesores, el tiempo poco le importaba, una especie de soberanía en aquellas ricas comarcas.

Mientras intrigaba así Orange, mandó el austriaco, siguiendo las órdenes de su hermano Felipe II, que se publicara el edicto por el rey de España decretado, y traducido á tres idiomas, empezó á tener el 26 de Junio de 1578, la debida publicidad. Este edicto no produjo ningun efecto favorable, sirviendo solo para que Guillermo de Nassau persiguiera y encarcelara á cuantos nobles parecian inclinados á la paz.

De todas partes llegaban nuevas al gobernador general, que aflijian á veces su ánimo y que llama-